

En el año 2003 los movimientos sociales han sido protagonistas de la escena política o por lo menos han tenido una presencia en la calle y en los medios de comunicación que les ha convertido en referentes de debate y de opinión en temas fundamentales que les conciernen. Desde el Anuario hemos querido reflexionar en colectivo sobre este hecho y para ello convocamos una jornada de debate a la que asistimos ocho personas invitadas que participan en diversos movimientos sociales y seis miembros de Betiko Fundazioa. El resultado del encuentro se intenta reflejar en la siguiente transcripción abreviada de las intervenciones que, como se verá, ofrecen una gran riqueza de matices y dejan importantes temas planteados para el futuro de los movimientos sociales de nuestro país.

A continuación hacemos una pequeña presentación de las personas invitadas al debate:

IÑAKI BÁRCENA es militante del movimiento ecologista en el colectivo Ekologistak Martxan.

MIREIA BOFILL es una de las mujeres que iniciaron el movimiento feminista de la llamada segunda oleada en Barcelona. Ha colaborado en múltiples proyectos de mujeres y en la actualidad participa en Ca la Dona y el espacio cultural de mujeres Francesca Bonnemaison.

ANNA BOSCH, vinculada desde muy joven al movimiento obrero catalán, fue la primera alcaldesa democrática de Mollet del Valles. Posteriormente su actividad política se ha centrado en el movimiento ecologista, en la organización Acció Ecologista, y el movimiento feminista en los grupos Les Petras, Giulia Adinolfi y Dones i Treballs.

CRISTINA CARRASCO participa en el grupo Dones i Treballs de Ca la Dona y, como economista, desarrolla un importante trabajo de investigación en torno al trabajo femenino y de reflexión teórica desde una visión crítica de la teoría económica convencional.

CARMEN MAGALLÓN fue una de las fundadoras de la Asamblea por la Paz y el Desarme de Zaragoza y de la revista En Pie de Paz. Ha participado en iniciativas de mujeres por la paz y ha formado parte desde sus inicios del Seminario Pignatelli por la Paz, del que actualmente es directora.

SALVADOR MARTÍ participa en la red del movimiento antiglobalización en Catalunya. Su trabajo de investigación se ha centrado en los movimientos sociales latinoamericana-nos.

SABINO ORMAZABALI es activista del movimiento ecologista vasco y fundador de grupo Eguzki. Estudioso de los movimientos sociales en Euskal Herria.

VICTOR SAMPEDRO es activista y estudioso de los movimientos sociales de comunicación alternativa y también de la comunicación alternativa de los movimientos sociales.

Las personas vinculadas a Betiko Fundazioa que participaron en el debate fueron:

RAMÓN ZALLO, analista político; **ISABEL RIBERA**, del grupo **GIULIA ADINOLFJI**; **CARMEN ORIOL**

, militante de Elkarri;

ALFONSO DUBOIS

miembro de Hegoa (Instituto Cooperación al Desarrollo);

PEDRO IBARRA

, activista de Elkarri y miembro de Hegoa y

ELENA GRAU

, del Grupo Giulia Adinolfi.

ELENA GRAU: Presentamos para la discusión el tema transversal del Anuario. Para el debate hemos señalado dos puntos. Empecemos por el primero, que hace referencia a la existencia de cambios en la cultura política de la población que se puedan percibir en el último ciclo de movilizaciones sobre diversos acontecimientos: el Prestige-Nunca Mais, Plan Hidrológico Nacional-Nueva Cultura del Agua, invasión de Iraq y el No a la Guerra, el movimiento antiglobalización, etc. Las preguntas que planteamos son: ¿Podemos realmente hablar de cambios en la cultura política? ¿Qué indicios hay? ¿Cómo se perciben estos cambios en el movimiento en el que participas? ¿Qué aportaciones a una nueva cultura política procederían de este movimiento?

SALVADOR MARTÍ: Parece que la actividad política no convencional ha roto las fronteras

bastante impermeables que antes existían. Había unos que votaban, los ciudadanos respetables, y otros peludos que salían a las calles manifestándose. Quizá el desbordamiento de participación supone que hay gente que participa en los dos; digamos que hay vasos comunicantes. Gente que vota, que son ciudadanos respetables, pero que también cree que es legítimo y además útil salir a la calle. Esto es un indicio de que algo ha cambiado. Ahora se trata de observar hasta qué punto, a posteriori, después de un ciclo de grandes movilizaciones, hoy los ciudadanos perciben toda esta hiperactividad como algo útil. Es decir ¿ha sido útil en cuanto a las políticas públicas? Parece que no, ¿Ha sido útil en cuanto a pedagogía? Está por ver. ¿Ha sido útil? Es una cosa que dejo abierta.

ANNA BOSCH: Yo también pienso que sí, que ha habido cambios en la cultura política, y tengo la sensación de que estos cambios van más allá de lo que parece a simple vista. En estas manifestaciones, las personas han decidido que querían actuar de una forma más activa y no con el mero voto. Han salido a la calle. Pero no lo han hecho siguiendo consignas preestablecidas por las estructuras políticas convencionales, sino con sus propias consignas. La gran cantidad de eslóganes inventados que ha habido colgados en los balcones y en las pancartas no respondían a nada más que a la inventiva y creatividad o, sencillamente, a los elementos que habían motivado que cada persona saliera a la calle para hacer oír su voz. Es decir, se trata de creernos que tenemos poder, de considerar valioso lo que individualmente podemos hacer, de darle importancia a la iniciativa propia y no necesitar ninguna bandera. En Barcelona quien convocó fue la Campaña contra la guerra, que son personas que llevan años y años luchando contra todas las guerras. O sea que una parte de lo pequeño organizado invisible se hizo visible porque la gente les dio su apoyo en aquel momento. Pero de una forma que era coyuntural, está claro.

Ahora bien, la gente actúa según motivos éticos y morales cuando se trata de definirse sobre algo que ocurre y en cambio cuando le convocan a votar, actúa con el mayor pragmatismo. Lo que me parece muy simplista es decir: de qué sirven tantas movilizaciones si después a la hora de la verdad sigue ganando el PP. Porque seguramente el valor de cambio simbólico que toda esta participación ha generado es algo que tendremos que esperar para ver, seguramente la cosecha será una cosecha mucho menos espectacular a corto plazo.

SABINO ORMAZÁBAL: No hay que hacer una lectura única de lo que ha sucedido. No es lo mismo hacerla desde Catalunya que desde el País Vasco. Creo que no hay que confundir —al menos de lo que yo he conocido— una unidad de acción entre partidos, sindicatos y diferentes organismos, con el movimiento. Por ejemplo, en Gasteiz, en Vitoria, fueron las Plataformas Paremos la Guerra, promovidas por los organismos antimilitaristas históricos, las que convocaron los distintos actos contra la invasión, pero luego se salieron de las Plataformas porque los partidos y sindicatos, que estaban con una campaña muy cerrada, no admitían más contenidos de corte antimilitarista. Efectivamente, hay elementos nuevos que se incorporan a

las movilizaciones. Pero, ¿qué ha quedado después de todo eso en los movimientos en los que estamos? Desde este punto de vista yo no idealizaría, o no podría hacer el mismo análisis que podéis hacer desde Catalunya, que lo entiendo, además, porque sé que ha habido cosas muy interesantes. Luego habría que hacer una lectura propia desde el País Vasco, de qué es lo que pasa que, habiendo tenido unas cotas de insumisión muy altas, una victoria en el referéndum de la OTAN (del 60 % en votos), junto con Catalunya y Canarias, no haya cuajado un movimiento antiguerra potente en esta ocasión. La explicación podría estar en la situación político-social en la que vivimos: involución democrática, falta de libertades, criminalización de la disidencia, con diferentes actores y puntos de atención social... Por ejemplo, en febrero coincidió la mayor manifestación que ha habido en San Sebastián contra el cierre de un periódico, con las manifestaciones antiguerra que se estaban dando en todo el mundo.

CRISTINA CARRASCO: Continuando con Catalunya, sólo incorporar un par de elementos más de los que comentaba Anna. Yo creo que fue muy importante y que conectó con una cosa que venimos planteando hace tiempo desde el movimiento feminista: que hay otra forma de hacer política, la política desde las personas, desde la relación, lo que podemos entender como la democracia más profunda. Por ejemplo, lo de las caceroladas, que era una cosa propuesta por mujeres, te daba la opción de participar desde tu propio barrio, desde tu propio hogar. En-tonces hacías complicidad con la vecina de al lado, con la vecina de enfrente, con el crío del otro lado. Yo misma, debajo de mi casa hay un bar y salíamos desde el bar y hacíamos una procesión por el barrio, con el camarero, con la otra.... Y al día siguiente te encontrabas tomando café y había una complicidad y unas redes, que eran muy frágiles todavía, pero creadas desde la propia vivienda, desde el propio barrio, y de balcón a balcón. Esto es crear redes, ya no es la convocatoria abstracta de ir la Plaza Catalunya a hablar de no sé qué, es desde cada uno, desde su propia vivienda. Fue una forma de participación absolutamente distinta de las habituales, de las que conocemos, más abstractas, más anónimas. Al día siguiente de la manifestación las relaciones fueron absolutamente distintas, las que dan otro tipo de cultura política. Política desde la relación básica, de la que vamos hablando desde hace tiempo.

PEDRO IBARRA: Creo que habría que especificar lo que son cambios en la cultura política general. ¿Supone todo esto una afirmación de mayor protagonismo político de la gente, sí o no? Si hablamos del primer tema, el protagonismo, el convencimiento de que el poder está en nosotros, en la gente, en la calle, los datos los siguientes. El nivel de confianza política en las instituciones es bajísimo. Si en el año 1985 estaba respecto a los partidos políticos en un 35% ahora está en un 18%. Respecto de la afirmación: «Los políticos no se preocupan de lo que piensa la gente como yo», la gente estaba de acuerdo con esta afirmación, un 60% en 1980. Sobre si «El voto es la única forma en que se puede influir». Vamos a ver, en 1980, creía en esto casi el 60%; en el año 2002, casi el 70%. Y por último, el grado de satisfacción con el funcionamiento de la democracia. La respuesta está en el 65%.

CARMEN MAGALLÓN: En cuanto al significado del surgimiento de estos movimientos y grandes movilizaciones pienso que se trata de una especie de acción-grito, de decir hasta aquí hemos llegado, de dejar constancia de un límite. Dentro de todo lo que es la política se acepta que hay una serie de funcionamientos con los que se puede estar o no estar de acuerdo, pero no provocan más. Las grandes manifestaciones habidas en contra de la guerra mostraban un punto en el que la gente tenía que salir a expresarse. Se había llegado a un límite: el límite para encajar las cosas. Fue la expresión de un grito, a la vez impotente, al no encontrar su cauce en el ámbito de la política establecida. Recuerdo que en Zaragoza la movilización contra la guerra fue una de las más grandes que se conocen. Salieron abuelos, jóvenes y gente de todas clases. La gente estaba removida por lo que ya se había vivido en esta zona en la guerra civil, como diciendo: «Hasta aquí hemos llegado, nos están engañando en un asunto inaceptable.» Era su modo de dejar constancia de un límite. Fue una reacción que se situó más allá de la política, siempre pensando en la política que se hace. Los ciudadanos en las elecciones piensan en que tienen que votar para que se gestionen cosas que son las que se gestionan desde ese ámbito, pero que hay otras que se escapan de esa política de gestión. Y es que nuestros líderes no entran en los asuntos profundos de las visiones del mundo. Yo he echado de menos, desde luego, en nuestro país —pero también en el mundo— un líder que se plantase y peleara por otra visión del mundo, por otro orden. Que dejara bien claro que ni nos amenazan ni las amenazas se pueden atajar bombardeando y ocupando países; que estableciera un liderazgo ético, fuerte, llevado al terreno de la política.

VÍCTOR SAMPEDRO: Yo distinguiría entre la cultura política de la ciudadanía, por lo que se refiere al comportamiento de la gente de a pie, y la política que se ha podido respirar en la esfera pública, en las instituciones. Respecto a la primera, la de la ciudadanía, el nivel de manifestación, de movilización, ha sido con diferencia no sólo el más alto de la Europa occidental contra la guerra, sino el más alto, probablemente, de la historia de España. Pero creo que responde, más bien, a lo que la literatura académica llama la retirada de la acción política al estilo de vida. Es decir, la expresión política se reduce a comportamientos individuales o multitudes formadas con infinidad de pequeños grupos de afinidad, a manifestaciones expresivas que se materializan en comportamientos cotidianos, más o menos particulares. En este sentido, hemos armado lío. Lo hemos armado. Indudablemente, dos millones de personas en Madrid, en las calles, es mucho. Trescientos mil gallegos en Madrid, también son muchos. Pero hay que admitir que tan sólo hemos armado lío, follón. No hemos hecho más que enredar. Y no hemos logrado enredarnos, en el sentido de tejer redes entre los actores sociales y políticos movilizadas.

Ejemplo claro: las manifestaciones de Madrid desembocaron, después del estallido de la guerra, en desobediencia pura y dura. Es decir, se salía directamente, desde que comenzaron los bombardeos y se comenzaba una ocupación espontánea de las calles dirigiéndose al Congreso, a la sede del PP y a la embajada norteamericana. Todo esto se fraguó desde un centro social autogestionado que tenía muy poco de identitario y mucho de comunidad de redes muy diversas, el Laboratorio. Pero el Labo 03 fue cerrado justo después de acabar la

guerra; precisamente, en medio de la crisis en la Asamblea de Madrid por los diputados tráfugas de otras redes, las inmobiliarias. La cuarta experiencia de okupación en Lavapiés, el Labo 04, también fue desalojada. Y de nada valieron las alianzas previas, si es que de verdad existieron. Insisto, se ha enredado, se ha armado lío, pero no se ha tejido. Y eso me parece bastante grave porque estamos en un país que no tiene una esfera pública democrática. Sorprende cómo pudo cuajar aquella equivalencia entre pancarta, piquete y kale borroka. Esa era la tríada que se iba sumando desde las instituciones gubernamentales y mediáticas para explicar que, al final, la movilización sería violenta y representaba un acoso antidemocrático al gobierno. Un gobierno que negaba la realidad, las mareas negras y el 90% de oposición a la guerra. No quiero ser pesimista. Reconozco que ha habido un montón de espontaneidad, de creatividad e incluso radicalidad en las nuevas formas de expresarse. Pero no veo que el tejido social, y muchísimo menos los partidos hayan sabido, o hayamos podido, tejer redes nuevas o más fortalecidas.

MIREIA BOFILL: Pero ¿qué significa todo esto para el movimiento en el cual yo participo, que es el movimiento feminista? Hemos estado en estas movilizaciones, hemos estado los grupos de mujeres identificadas como tales, pero luego muchísimas más mujeres, tanto en el movimiento contra la guerra como en el de la nueva cultura del agua, en los dos. Entonces, ¿qué puede significar esto para nosotras?

Yo creo que significa una oportunidad. Las personas se han movido por algo que tiene que ver con la política primera, o sea la política desde lo personal, lo que me implica personalmente, lo que me mueve a mí; se han movido y se han tejido este tipo de redes. Para nosotras, aquí hay un reto: el de darle valor político desde el movimiento y que esto no vuelva a desaparecer, no se vuelva a sumergir. El reto es éste y, de hecho, cuando se dice, «otro mundo es posible», hay que añadir que ya lo estamos haciendo. Es posible si vamos a lo cotidiano y si a lo cotidiano le damos valor político que es lo que el movimiento feminista, o un sector del mismo, está intentando. Ir más allá de la pura reivindicación, o de la voluntad de subsanar las discriminaciones, ir a algo más. Si no hemos desaparecido aún como especie es porque al mismo tiempo hay un cuidado de la vida, y a esto hay que darle valor político, teniendo en cuenta que la gente se lo da; porque cuando es la hora de la verdad, cuando es la hora de pensar «van a hacer una guerra en mi nombre», cuando se trata de cosas que te implican en tu propia ética íntima, sí que te mueves.

IÑAKI BÁRCENA: Creo que partimos de culturas políticas distintas. Cuando se producen estas movilizaciones nos encontramos con que producen cosas distintas en distintos sitios y nos enfrentamos a ellas desde culturas políticas anteriores muy distintas. Es decir, las culturas políticas, no ya de las sociedades, sino de los movimientos sociales, son distintas en cada parte diferente del Estado. Tú sabes, Sabino, que —y no es por intervenir contra nadie porque creo que lo vamos a compartir— la movida de la OTAN en este país, por ejemplo, fue bastante

distinta a como fue en el resto del Estado. Es evidente que en este país, en Euskalerría, hay una cultura política distinta.

Desde el punto de vista del movimiento ecologista, del que soy activista, me parece que nos ha llegado un poco la cultura de la responsabilidad. Existe una demanda cotidiana de miles de personas que llegan a tu local, a tu puerta a lla-marte y decirte, venga ¿qué hay que hacer? ¿Adónde hay que ir a limpiar? ¿Adónde se puede ir? ¿Hay que ir a Galicia? ¿Hay que ir a la costa vasca? O en el tema de Itoiz, que tiene que ver con el tema del agua, con la cuenca del Ebro. Desde den-tro del movimiento ecologista, a nivel del Estado español, nos encontramos con una sociedad que demanda que el movimiento le dé respuestas, le dé vías de sali-da, le dé organización. Creo que se puede percibir una cultura de la responsabili-dad nueva, que dice: «Vuestro modelo, ese modelo que vendéis, unos más neoliberal y otros más socialdemócrata, pero que es crecimiento puro y duro, no es nuestro modelo.» Es una cosa nueva, en el sentido que esa idea de que lo que está en el marco institucional es algo que no nos sirve se empieza a compartir. En el movi-miento ecologista lo que se vive es un intento de estar a la altura de las circuns-tancias porque estamos viviendo un momento importantísimo, un momento en que hemos salido a la calle, con miles y miles de personas que de alguna manera nos están arrojando, y tenemos que acertar.

SALVADOR MARTÍ: La gente siempre pregunta ¿y cómo es posible que después de las movilizaciones el PP saque los resultados que ha sacado? Uno, en las locales no ganó el PP en votos. Dos, más o menos participó un 70% de la población. Del 70%, el PP sacó escasamente el 30% de los votos, por lo tanto es un tercio del censo. Las instituciones magnifican el resultado hacia un partido político que, sim-plemente, ha sacado unos resultados mayores de lo esperados. Respecto a los ciu-dadanos, pues probablemente hemos observado un cambio de cultura de moviliza-ción, sobre todo por parte de los jóvenes, se manifiestan por cosas concretas que encuentran atractivas, interesantes, pero está por ver si esto es una cosa que co-necta y desconecta muy fácilmente, si esto es una historia gradual o si esto es: «es-tamos hasta aquí y más allá no sabemos». Falta ver hasta dónde llega este cambio en la movilización de la gente joven. Está claro también que ha sido un proceso de socialización de la gente joven. Mucha gente de instituto ha ido por primera vez a estas manifestaciones. Es decir, hasta cierto punto, ante la incapacidad de sacar un millón de personas a la calle, o las que sean, el gobierno hace lo que le da la gana y, es más, empapela gente y hace juicios. Probablemente, en la misma medida que crezca la política basura con toda su parafernalia, con abstención y con sus candidatos, también los movimientos van a mantener espacios resistencialistas.

ALFONSO DUBOIS: Para mí, una posible razón de por qué tantos se manifesta-ron tan críticamente contra la guerra y luego en las elecciones no, es la palabra miedo. ¿Por qué miedo? Un miedo, a lo mejor, a tener que trabajar más con la incertidumbre. Hay miedos

injustificados pero reales. Con ello, sin embargo, tampoco estoy queriendo decir que tenemos que esperar a tener ideas muy claras. Yo estoy con Sousa Santos que suele decir que la simple denuncia, si es una denuncia, ya abre horizontes. La rebeldía, si es una rebeldía que ataca a las cosas profundas, pues abre enseguida horizontes. Al final nos da miedo atacar el capitalismo. Tal vez porque no tenemos otra cosa y entonces vamos atacando diferentes aspectos en los que manifestamos nuestra rebeldía, pero nos falta esa motivación de tener una alternativa. No tengo ninguna respuesta. No sé si estamos conformando unas ciertas éticas personales que, curiosamente, tienen unos límites. O sea, nos sirven para tener una cierta integridad personal, pero no nos dan el paso a una acción pública más directa, a determinadas acciones públicas. Y esto creo que tendría que ver con lo que habéis dicho de ciudadanía y acción política. Es algo más que la simple desconfianza en los políticos y en las instituciones políticas. Es una carencia que tendríamos que empezar a detectar. Es bueno reaccionar, pero no suficiente. Saber que tenemos que actuar en un contexto en que el final no está escrito, ni puede estar escrito. Tenemos ya la convicción de que tiene que haber procesos nuevos que en sí mismos valgan la pena. Y esta nueva conciencia, que es ciudadana y política, no la tenemos, yo no la tengo y no veo que se formule.

RAMON ZALLO: Yo lo que sí he visto, en los procesos de movimiento de los últimos tiempos, es el aspecto intergeneracional que a mí me ha resultado muy novedoso. Parece que hay temas que forman parte de agendas colectivas independientemente de las generaciones y que pueden ser tremendamente útiles, tanto para la acción social como para la acción política. El tema de los valores me parece un tema central en nuestro tiempo para todos los movimientos sociales que si se apartan de la ética, o de comportamientos éticos, no tendrán nada que hacer. Resurgen sujetos colectivos, no el gran sujeto colectivo con el que se soñó, sino sujetos parciales colectivos que se organizan en comunidad para resolver un problema. Y eso no me parece incompatible con esas ciudadanías que por cuestiones de bolsillo apuestan su ideología en un momento dado llevados por determinadas urgencias, yo creo que no hay que pedir coherencia entre lo uno y lo otro. Hay una confianza suficiente por parte de la ciudadanía en las formas de Estado, en las formas de representación, pues lo cierto es que es compatible una rebeldía individual desde el punto de vista de la ética, una organización en redes y al mismo tiempo un voto más o menos conservador en determinadas ocasiones, y por razones distintas; aunque insisto en que hay flujos entre una cosa y otra, y me parece evidente. No está en cuestión el sistema en absoluto, el procedimiento de delegación seguirá funcionando. Hay una confianza suficiente en el sistema, por lo menos no hay alternativas al mismo. La potencia del choque que se está produciendo en el terreno político lo traga todo y hasta que emerja de nuevo un nuevo momento, será virtud de los propios movimientos, pero naturalmente van a tener que compensar, o mejor dicho, complementar sus tiempos con los tiempos políticos.

ELENA GRAU: Se han planteado dos perplejidades, o dos preguntas que han estado en casi todas las intervenciones: el abismo entre movilización y voto, y luego la existencia o inexistencia de un resultado de la movilización en forma de crecimiento del tejido orgánico de los movimientos. En este debate, algo que me parece notable es que, a las vinculadas al

movimiento de mujeres, el tema de la plasmación orgánica posterior a la movilización no nos preocupa. El movimiento de mujeres siempre ha tenido una experiencia orgánica completamente distinta a otros movimientos y si de algo se le ha acusado en negativo es de debilidad orgánica. El movimiento feminista ha sido un movimiento caracterizado por la permanencia de las estructuras orgánicas, y hoy pensamos que esto es algo bueno. Porque, a veces, la organización no sirve para hacer crecer nada, sino para que-darse ahí como una especie de muermo que se autorreproduce. Tal vez por eso desde el feminismo no se planteaba la pregunta ¿Qué ha quedado de esta movili-zación? Tal vez, la cultura política, por lo que se refiere a la parte organizativa de los movimientos es también distinta en distintos movimientos. El otro era el tema del abismo entre esta manifestación individual que tiene que ver con las posicio-nes éticas y la traducción en el voto. Aquí hay una cierta diferencia entre movi-mientos, pero no tan marcada. Desde el movimiento feminista se valora: «hay algo nuevo, no sabemos muy bien donde nos lleva, pero hay algo nuevo». Quizá hay más pesimismo desde otras experiencias. En realidad, hay cosas nuevas o posibi-lidades que percibimos, pero lo cierto es que no hay ningún proyecto dibujado como antes. Tener un horizonte dibujado era como si tuvieras resuelto hacia don-de. La situación actual se podría leer así: puesto que no sabemos qué podría ha-ber en lugar del capitalismo, seguimos votando lo que hay. Pero, en cambio, sí protestamos cuando se tocan unos límites. Como decía Carmen, hay momentos en que se traspasan los límites, y entonces la gente dice no, no me habéis engaña-do. Coincido con Alfonso en que hay que vivir con la incertidumbre y, en todo caso, saber que ponemos cosas en marcha y es absolutamente imprevisible dónde puedan ir a parar.

ISABEL RIBERA: Habría que hacer una mirada más cuidadosa al tema de la Nueva Cultura del Agua, la lucha contra el Plan Hidrológico. La combinación de una parte ética y moral, es decir la vida, el agua, «esto no podemos permitirlo»; pero también —desde el Pirineo hasta el Delta— la capacidad de pensar, de trabajar con, de limar diferencias. Poder trabajar con los políticos, pero a la vez trabajar sin los políticos. Y, una cosa importantísima, tener una propuesta iluminadora del futu-ro. La experiencia de trabajo alrededor de la lucha contra el Plan Hidrológico y por la Nueva Cultura del Agua creo que da muchas pistas para poder vivir sin la certeza de un marco que nos acoja con seguridad y, a la vez, con la rotundidad de la convicción de que hay que defender una cosa, que hay que defenderla entre to-dos. Esta rotundidad tiene que ver con el cuidado de la vida. Yo creo que el proce-so de empoderamiento de los luchadores y luchadoras por la Nueva Cultura del Agua tiene mucha importancia, en el sentido de afirmación, de decir «estamos aquí», «lo riu es vida», y somos capaces de ir al fin del mundo a llevar y defender nuestra idea.

CARMEN MAGALLÓN: No es frecuente que haya puentes entre el mundo de la política y los movimientos. A lo mejor hay que hacer el esfuerzo de ir a los parti-dos, no necesariamente para pactar con ellos, sino para decir: de todo lo que no-sotros decimos, que constituye nuestro movimiento, ¿vosotros qué defendéis? Para interpelarlos. En el movimiento contra la guerra se pone de manifiesto que falta una cultura política internacionalista que considere que lo que ocurre en el mun-do, y las propuestas para intervenir en él, también hay que incluirlos en los

pro-gramas de los partidos políticos y hacerlos objetos de debate. Es verdad que quienes se han movilizado esperan que los partidos asuman por sí mismos lo que dice la gente. Pero los partidos no siempre lo hacen. Hay que interpelarlos desde el empoderamiento. Eso sí que lo ha hecho el movimiento de la Nueva Cultura del Agua. Han ido a hablar con los partidos y les han dicho: «¿Qué decís ante esto? ¿Qué alternativa dais, qué vais a hacer?». Están siempre intentando buscar un diálogo, una mediación y una salida.

MIREIA BOFILL: Cuando te movilizas por algo que afecta a tu vida, aquí está la implicación primera. Entonces puedes dialogar, desde la política de la relación. Y la relación no es solamente entre movimientos, no es solamente orgánica, al final es entre personas, son personas las que dialogan. Las redes de alguna manera, al final, también son personas. En el movimiento feminista lo hemos practicado entre las mujeres. Pero también en Mujeres de Negro de Israel, cuando se van a los controles y le dicen: «Tú, soldado, ¿por qué no dejas pasar a éste?», están interpe-lando a la persona, ¿no? Y a mí me parece que esto tiene un poder muy grande, que a veces tendemos a olvidar. Para mí, construir redes tiene que ver con esto; para mí construir una red no es crear una organización. Lo que nos importa es construir redes que a lo mejor deberíamos hacer más visibles.

ANNA BOSCH: No es una casualidad que estos grandes movimientos coyuntu-ales no cuajen luego en organizaciones estructuradas y fuertes porque, posible-mente, estamos avanzando hacia algo nuevo y desconocido. Este algo es más ade-cuado para una situación en la que no hay alternativas cerradas ni acabadas, una situación más abierta. Pero, en cambio, se han establecido redes, y —enlazando con la intervención que ha hecho Mireia— yo creo que las redes, una vez se han establecido ya no desaparecen; existen aunque se puedan activar o desactivar se-gún el momento dado. Esta es la práctica del movimiento feminista. Son redes que siempre están en situación de ser activadas, pero no necesitan ni mantenimiento ni autorreproducción, porque son relación, relación de una en una, de uno en uno. El otro camino es el de hacer organizaciones fuertes que lleguen a un punto en que tengan tantos afiliados y tanta capacidad de movilización que de ellas surjan unos partidos políticos que representen a estos movimientos y tomen el poder. Este camino se ha andado algunas veces y, de momento, no se ha demostrado que llegue a buen fin. Entonces, ¿por qué no estar abiertos a ver si por este otro cami-no de las redes, por este camino de la incertidumbre entendida como estado hu-mano —que además es el estado biológico, la naturaleza es pura incertidumbre constante—, somos capaces de ir construyendo poquito a poquito otra sociedad?

PEDRO IBARRA: Pero ¿qué pasa con la gente que participa en manifestaciones y luego no sigue, luego no vuelve? ¿O la gente que practica una política de absten-ción? ¿O que dice, pues sigo votando a estos partidos? Para mí el movimiento con-tra la guerra ha sido más un acto de rechazo moral, de rechazo ético, que no un intento de cambio cultural, me explico. La reacción ha sido decir: «No aguanta-mos más». Esto no es una manifestación estratégica que

busca poder, no es una movilización en la que el discurso individual es: «Yo me manifiesto porque con mi manifestación quiero afirmar que el poder realmente lo tenemos nosotros y que vamos a seguir luchando contra ustedes». Esto no es así, o no lo es básicamente. Los datos dicen que la gente sigue desconfiando de las instituciones, pero sigue creyendo que la única forma en que puede intervenir es el voto. Por tanto no hay un gran cambio de cultura política. Yo creo que lo que sí está cambiando un poco es la conciencia de ciudadano, de ciudadano preocupado por los problemas de la comunidad, un ciudadano al que le preocupa que haya problemas, que quiere tra-bajar y colaborar con los demás.

IÑAKI BÁRCENA: En el movimiento ecologista, con el tema del Prestige, tenía-mos todo el día llamadas. Nosotros sabíamos perfectamente que no se iban a que-dar. Hay personas que te dicen que se sienten preocupadas por cómo va el planeta y quieren hacer algo, no saben muy bien qué, pero quieren ser útiles, tienen esa ética de la responsabilidad por lo que está pasando. Especialmente los más jove-nes, lo que quieren es información, quieren que les aclares, que les enseñes, que les expliques, que les des la piedra filosofal para saber por dónde se sale. El pro-blema está en que estas movilizaciones tan grandes, en cierta manera te obligan a jugar un papel como movimiento. Tú tienes que ir a hablar del Prestige con el gobierno vasco, tú tienes que ir a hablar del tema del agua con la Generalitat, tú tienes que ofrecer alternativas.

RAMÓN ZALLO: En cuanto al tema de la organización, en el caso de los movi-mientos sociales me parece evidente que tiene que haber redes más o menos orga-nizadas, no entro en esta discusión. Pero en el caso de los movimientos políticos, sí que tienen planteado el problema del poder, no tanto para conquistarlo en el sentido de utilizarlo para darle la vuelta, sino a veces para usarlo de otra manera. El estado de derecho, la democracia, éstos son los conceptos que organizan la vida ciudadana, que es un campo distinto de las experiencias vitales de colectivos so-ciales tan grandes como puede ser el de las mujeres, o de colectivos como pueden ser la gente que tiene una carencia, digamos, por ejemplo ecologista.

ELENA GRAU: Pasemos ahora al segundo punto. Queremos debatir sobre el protagonismo de los movimientos sociales en este último ciclo de movilización, por lo que se refiere a la articulación del discurso, a la capacidad de convocatoria, y a la creación de formas de organización, coordinación e información. ¿Son real-mente los movimientos quienes logran las grandes movilizaciones, o sólo lo consi-guen cuando los partidos políticos también se implican? ¿Cómo se dan en este momento las relaciones entre partidos políticos y movimientos sociales? ¿Ha cam-biado algo en ellas?

ANNA BOSCH: Los partidos políticos normalmente nunca hacen caso de lo que dicen los

movimientos sociales hasta que estas opiniones son compartidas por una masa determinada de la población. Paralelamente a esta implicación de los partidos, los medios de comunicación también detectan un movimiento que antes era invisible y entonces hacen de amplificadores de esta masa inicial y contribuyen, obviamente, a que una gran mayoría de la población se acabe de añadir, en este caso a una posición, a una movilización, etc. Yo no sabría qué es primero, diría que más bien se trata de un proceso paralelo que afecta tanto a los políticos, muy sensibles al estado de opinión, como a los periodistas que sólo consideran noticia a aquello que atañe a una masa determinada de población, pero llega un punto en que algo es una noticia, quieran o no quieran. Se trata de un proceso interrelacionado, los movimientos sociales solos serían incapaces de llevar millones de personas a la calle, pero sin todo el trabajo previo de cambio cultural, de introducción de algo nuevo, estos procesos que van implicando a diferentes sectores de la sociedad no creo que se pudieran dar.

Sobre lo de las relaciones entre partidos y movimientos, creo que son muy instrumentales por parte de los partidos. Cuando están en el gobierno los consideran un incordio pero, en cambio, cuando están en la oposición juegan con los movimientos sociales para su tarea de conseguir ganar elecciones y obtener el poder. Por su parte, los movimientos sociales tienen una desconfianza hacia los partidos políticos con razones suficientes para ello. Dentro de los movimientos hay posiciones que no quieren saber nada con los partidos y hay posiciones que están muy dispuestas a llegar a acuerdos con ellos. Pero también hay quienes plantean, desde la búsqueda del poder, tener una alternativa clara, e intentar conseguir que los partidos apoyen o hagan suyos estos planteamientos. Este sería un caso de diálogo real, no instrumental.

VÍCTOR SAMPEDRO: En esta última oleada de movilización, el uso de la comunicación se ha hecho en dos sentidos. Las tecnologías personalizadas, internet y los móviles establecieron una red descentralizada de coordinación y convocatoria funcionando con una rapidez y alcance increíbles. Y, a la vez, han sido campañas que han hecho un uso muy instrumental de los medios de comunicación. Creo que el papel jugado por la Plataforma contra la Guerra en Madrid fue fundamental, al mantener, tanto en la calle como en los medios, diez días constantes de visibilidad pública.

Por lo que se refiere a la instrumentalización que mencionaba Anna, la izquierda parlamentaria abandonó el tema del Prestige, que tenía incidencia en las agendas locales y municipales, y pasó al de la guerra con una clarísima intención de instrumentalizarlo: para acaparar visibilidad. La representación política se entendió en términos de representación teatral, de puesta en escena, sin más. En cambio, cuando se piensa en tejer desde lo cotidiano — al estilo de la cultura de la paz, de una nueva cultura de géneros o de una nueva cultura de agua — sí hay esperanzas. En A Costa da Morte se reunieron cincuenta mil niños y niñas que gritaban «Otro mundo é posible». Ahí está la fuerza, son las nuevas generaciones. Pero ahí está también la debilidad: «Otro mundo es posible», pero ¿con quién? ¿Mediante qué mecanismos?

Y allí es donde tendríamos que trabajar. Tenemos que trabajar en este nivel de expectativas, elaborarlas mejor para que la gente siga ligada al movimiento y pueda disputar esferas de poder, no sólo de visibilidad pública.

SABINO ORMAZÁBAL: Cuando se pregunta si son los partidos políticos o los movimientos sociales quienes movilizan a la gente, en Euskalerrria tenemos experiencias de todo tipo. Cuando ha habido mayores movilizaciones, efectivamente, han sido movilizaciones mixtas en las cuales los movimientos sociales estaban con su fuerza, y estaban también los partidos, los sindicatos, etc. Sin embargo, el debate yo lo quería relacionar con lo último del anterior punto. No sólo es el tema de la organización, también es de los objetivos. O sea, si tú te has movilizado contra la guerra, o por el Prestige, para conseguir objetivos, debes preguntarte ¿se han cumplido o no se han cumplido? ¿Siguen estando estas reivindicaciones pendientes, o no? No es un tema sólo de organización, sino de que desaparece toda una movilización cuando todavía hay una serie de objetivos pendientes ahí.

CARMEN MAGALLÓN: Con respecto a los partidos, es cierto que tienen tendencia a instrumentalizar a los movimientos, pero también desde los movimientos se les mira mucho para evaluar el avance, en la medida que van asumiendo unos planteamientos, o no. Esa interacción es necesaria. También se dan casos en los que determinadas personas pertenecientes a un partido son importantes para los movimientos. Estoy pensando, por ejemplo, en Luisa Morgantini una europarlamentaria italiana, por lo que respecta a su relación con el movimiento de Mujeres de Negro. Ella ha potenciado que hubiera una audiencia sobre el caso de las mujeres afganas en el Parlamento Europeo, ha encabezado una misión a Palestina, ha movilizado muchas capacidades políticas a favor de las mujeres que viven en situaciones de violencia. Esta sinergia hay que buscarla entre personas. No nos podemos quedar con la noción de que el movimiento social es lo más puro; las circunstancias y la necesidad obligan a dar complejidad a nuestras relaciones y a establecer formas de diálogo transversales.

CRISTINA CARRASCO: Yo creo que la gran diferencia entre los movimientos sociales y los partidos políticos es que los movimientos tienen sus objetivos puestos en la vida humana, en las personas, en la forma de vida, en lo que es la calidad de vida, la defensa de la vida. Esto, seguramente con matices, lo encontramos en el feminismo, en el ecologismo y en otros movimientos sociales. Estoy totalmente de acuerdo en que no nos podemos quedar en la pureza, en el «somos maravillosas, lo hacemos fantásticamente bien». Coincido con lo que decías, Carmen, pero sin perder esta otra forma de actuar, de participar en la que el objetivo no es el poder, el Estado, sino lograr la maximización de la red. Es frente a lo que no tenemos que intentamos tejer en la vida misma, en el proceso mismo, en estas redes y a lo mejor parece que tenemos poco, pero yo creo que tenemos mucho en el sentido de que estamos empezando un camino diferente.

MIREIA BOFILL: Yo vuelvo —cada uno un poco con su tema— al tema de las personas. Pienso en los medios de comunicación y pienso en la experiencia nues-tra: sabemos que hay algunas mujeres que son trabajadoras de los medios de co-municación y seguramente ellas estan intentando siempre sacar temas, pero a ve-ces lo consiguen y a veces no lo consiguen. Carmen hablaba de pactos y vale la pena reflexionar sobre cómo se dan esos pactos reales, porque hay maneras dife-rentes de hacer pactos. Hay pactos que pueden avanzar; yo creo que se avanza a partir de las dificultades, diciendo a los dos interlocutores que en el objetivo gran-de igual no, pero hay un pequeño objetivo en el que tal vez sí podemos estar de acuerdo. Este objetivo medio nos interesa a ambos pero yo estoy aquí y tú estás allí y cada uno tiene sus dificultades en el lugar donde está. La experiencia que tengo es que puedo hablar de esas dificultades, por ejemplo, si esta persona está en un medio de comunicación, puedo ir más allá de la instrumentalizacion, ha-blar de algo más, ¿qué dificultades tienes tú?, ¿cómo puedo hacer yo para que esto sea más fácil para tí? Y al revés, cuando se trata de un partido tiene que entender que no puede instrumentalizar, que no puede simplemente cooptar. En este filo de la navaja es donde se tiene que ir abriendo espacio. Es importante mirarlo así, como es importante no ver el vaso medio vacío sino verlo medio lleno.

SALVADOR MARTÍ: Yo quería hablar un poquito de la experiencia de la gente que participamos desde el movimiento de resistencia global. Amigos que estuvie-ron como portavoces en el movimiento contra la guerra, decían que era alucinan-te encontrar una asamblea donde estaban gente de los partidos, los movimientos, gente de los sindicatos, y que al final, todo el mundo estaba de acuerdo con lo que decíamos nosotros. Es decir, decían «Nos gustaría salir por radio» y tenían la puer-ta abierta en la COM Radio, en Catalunya Radio, entrevistas en las televisiones y además en primera página de El Periódico de Catalunya, porque los «colegas» del Partido Socialista en este momento, decían «Pues bueno, hacemos los contactos.» En el caso de Catalunya, esta vez fue espectacular; en campañas anteriores las ne-gociaciones habían sido siempre mucho más duras. Las alianzas dependen mucho de los contextos y luego probablemente lo importante es que cada uno tiene ta-reas diferentes. Es decir, los movimientos pueden permitirse el lujo de hablar de determinados temas que los partidos no abordan, y si los temas cuajan los parti-dos se permean y algunos los pillan. En este sentido, es notable la división del trabajo, pero lo importante es que la división del trabajo no termine siendo per-versa cuando la izquierda parlamentaria obtenga el poder.

IÑAKI BÁRCENA: Yo quiero decir una cosa general en cuanto a las relaciones que, para mi gusto, son más tripartitas que de a dos. Creo que las relaciones en-tre los movimientos sociopolíticos o sociales y los partidos políticos, o lo político sistémico, están siempre mediatizadas por los medios de comunicación que son actores controlados por intereses políticos o por intereses económicos. Sobre el tema de las personas, tú pones un caso bueno (se refiere a Carmen Magallón y a la parlamentaria Luisa Morgantini); yo quiero poner un caso malo. Un parlamen-tario que se apunta al discurso antiglobalización y que para mucha gente

pertenece al movimiento ecologista organizado. Es un personaje que es el político por excelencia en democracia. Es un personaje emblemático, que utiliza los movimientos sociales para su carrera política personal, pura y dura. Eso demuestra que hay gente que está en los movimientos sociales y luego en la política de una manera absolutamente desleal a cualquier tipo de programa ecologista.

CARMEN ORIOL: Se ha hablado también de algo muy importante que se da en los movimientos sociales y no en los partidos políticos. Es ese cambio de actitudes, ese cambio de persona a persona y de las relaciones entre las personas. En los movimientos sociales creemos que un cambio en el mundo no se hace imponiendo leyes desde arriba que al final cuando venga otro partido va a quitar. Cuando tú hablabas, Cristina, de la vivencia de la vecina que había salido con la cacerola. Esta señora que salió con la cacerola ya nunca va a olvidar que ella un día salió con la cacerola, ni tampoco va a olvidar nunca la ilusión o el sentimiento que ella tuvo en ese momento de solidaridad con otras, y eso ha cambiado su vida. Lo use o no lo use, ha cambiado su vida. Necesitamos una sociedad civil organizada, entrelazada, que está viva porque salta frente a distintos retos de la vida y responde y dice, yo quiero las cosas así; luego los partidos lo recogen o no lo recogen. La pregunta no es, creo yo, si han cambiado los partidos o los movimientos después de la movilización contra la guerra o después del tema del Prestige, sino si la sociedad hoy en día está más viva en general, frente a todo, no sólo por eso, sino por otro montón de cosas diferentes. Esa es la pregunta, si hay un cambio más de fondo, un cambio más en las relaciones, en la forma como vivimos.

PEDRO IBARRA: Vamos a ver, en nuestra sociedad lo que se mueve lo hace por interés, en el mejor sentido del término, por el interés de la gente que está en el movimiento y el del conjunto de la sociedad. El movimiento se arroga la representación de la sociedad y además hace muy bien. Dice: hay cosas que están mal y cosas que yo quiero cambiar. Y el colectivo al que me refiero actúa por el poder político. No pensemos que el movimiento social, porque no quiera ocupar el poder político, no tiene nada que ver con el poder político. Claro que tiene que ver, lo que pasa es que opera de otra forma. Los movimientos tienen capacidad para imponerse porque tienen fuerza, tienen una mayoría consolidada, tienen militancia o apoyos y entonces pueden negociar ¿por qué no? Y entonces ahí no creo que el problema esté tanto en los partidos como tales, sino en cuál es la posición del movimiento para poder negociar. Los movimientos sociales, al final siempre se mueven sobre esas dos patas, lo demás son invenciones. Y si un movimiento sólo vive de su base identitaria, de construcción de formas de vida, etcétera, pues yo creo que de alguna forma se aislará.

RAMÓN ZALLO: Si antes los partidos tenían una ideología que vertebraba un proyecto de poder, los movimientos les han suministrado, en cambio, la batería de contenidos, de respuestas a problemáticas ciudadanas, y estos contenidos están siendo integrados por los partidos, porque ya no pueden ofrecer a la práctica una alternativa de poder que lo va a

cambiar todo. Están asumiendo muchas co-sas, del movimiento ecologista es clarísimo, del movimiento contra la guerra buena parte de su filosofía ha estado en el candelero público, en fin, y me parece que en el caso del movimiento feminista también es así. Por tanto eso es una victoria de los movimientos sociales, otra cosa es que el coste de tener que estar organizados y trabajando para que esta filosofía no se olvide, para que sistemáticamente impregne determinadas legislaciones, pues es tremendo.

CARMEN MAGALLÓN: Los movimientos sociales también tienen que aprovechar hendiduras para hacer ofertas que sean captadas por los partidos. Es la forma de insertar asuntos importantes en la agenda, que de otro modo difícilmente entrarían. En el caso del movimiento contra la guerra, en Italia, el movimiento trabaja conjuntamente en una mesa por la paz que está proponiendo que el artículo primero de la Constitución Europea recoja el derecho a la paz. O sea, que recoja el artículo de la Constitución italiana que tuvieron que poner al perder la Segunda Guerra Mundial: un artículo de rechazo a la guerra, dado que Italia perteneció al bando de los agresores. Ahora, dicen los pacifistas, demos la vuelta y hagamos de este artículo algo valioso, un rechazo consciente, una propuesta a incorporar en la futura Constitución europea.

ELENA GRAU: Los que plantean, los que detectan problemáticas nuevas, los que dan visiones nuevas, la gente creativa es la gente que está en los movimientos, desde el punto de vista del discurso político, de los diagnósticos, etcétera. Los partidos, que tienen una gran pobreza en este sentido, captan, succionan. Pero desde los movimientos se tienen dos reacciones, y a mí me parece más interesante una que la otra. Una es la de la desconfianza, «son unos vampiros, no hay que fiarse». O sea, la demonización total pero sin tener en cuenta que tú no tienes ninguna alternativa de organización colectiva de la vida, de mediación política, ni todo esto. A mí me parece más interesante otro tipo de actuación que se está empezando a dar, que sería la de empoderarse, y decir: «Yo tengo cosas que aportar, estoy haciendo cosas nuevas y lo que quiero es que tú las escuches y te comprometas.» Trabajar desde la búsqueda de poder y trabajar sabiendo que los partidos y las instituciones están formados por personas individuales, y que entre estas personas individuales puede haber sinvergüenzas, pero puede haber también personas que sean capaces de aliarse, que sean capaces de abrir espacios. Yo creo que hay que poder hacer las dos cosas y no vivir siempre a la defensiva. Creo que los movimientos sociales, algunos de ellos más que otros, tienen una madurez suficiente en este momento, como para estar convencidos de que son contrapartes importantes para los partidos y no sólo aportarles ideas.

ANNA BOSCH: El movimiento ecologista intenta contaminar con su manera de ver las cosas a toda la sociedad, tanto la sociedad civil, como los partidos, los gobiernos, o las instituciones. Hay una tradición de establecer relaciones con la política institucional, de buscar relaciones diferentes con los partidos y también de intervenir en las instituciones utilizando nuevos

canales de participación. Vivimos en esta sociedad y como movimiento social debemos tener en cuenta a las instituciones y los partidos mientras existan, debemos intentar influir en ellos y conseguir tener con ellos las mejores relaciones posibles, tanto si nos gustan como si no. Lo otro es negar la realidad. Pero a mí me parece que este camino ya se anda desde hace tiempo y que hay mucho recorrido realizado que vale la pena rescatar. Quisiera recordar, por ejemplo, en 1992, la campaña «Vivir sin Nucleares», la primera Iniciativa Legislativa Popular que se impulsó en el Estado español desde el movimiento ecologista.

ALFONSO DUBOIS: Dentro de las instituciones informales está el valor, los valores y las actitudes. El presidente del Banco Mundial, en su último discurso, dijo que lo que hoy necesitamos fundamentalmente para resolver los problemas de la humanidad es cambiar las actitudes y cambiar las ideas, porque las que hay no valen. Otra cosa es que probablemente él y yo hablemos de actitudes diferentes, pero al final es el mismo diagnóstico. Si la complejidad actual de la sociedad es ésta, tenemos que saber actuar en ella como hay que actuar y tendríamos que crear una auténtica nueva cultura de alianzas, que es necesaria para poder pactar. Debería ser una cultura de alianzas distinta de muchas de las plataformas en las que hemos estado hasta ahora. En esa riqueza y complejidad del mundo organizativo y social están todas, desde las organizaciones más consolidadas, como pueden ser movimientos que conozcamos, a otras nuevas que nacen. No debemos perder nunca esa sensibilidad para captar los nuevos agentes que van naciendo.

MIREIA BOFILL: Cuando se hablaba del diálogo, hay que pensar que el diálogo se hace con palabras, nombrando las cosas; y que antes de poder dialogar, muchas veces hay que buscar una nueva manera de nombrar que sea común. Parte de nuestro trabajo también ha de ser buscar maneras, no solamente de detectar el problema, no solamente de pensar la solución, sino maneras para que lo que pensamos y sentimos sea comunicable, que permitan que pueda llegar a ser entendible desde otro lugar. Es decir, de algún modo hay que pactar qué es lo que estamos nombrando e irnos aproximando también por ese camino.

Baserri Betikoa, octubre de 2003